

#### De la limosna y oracion.

Despues de haber enseñado Jesucristo una doctrina tan santa y de tan alta virtud, pasa á prevenir, que se cuida mucho de que la vanidad no inutilice los frutos de la virtud y de la santidad. *Cuidad*, les dijo, de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; pues si lo hociéreis asi, no tendréis premio de vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando haces limosna, no quieras que se toque la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en los barrios para ser honrados de los hombres; porque os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando haces limosna (procura que) no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en escondido, y tu Padre (celestial) que ve en lo escondido, te dará el premio. Cuando oráreis, no seréis como los hipócritas que desean orar de pié en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para que los vean los hombres. Os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Cuando oráreis, no queráis hablar mucho como los gentiles, que piensan que hablando mucho, serán oídos. No queráis asemejaros á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester antes que se lo pidais. De ordinario, dice san Agustin, mas bien se ha de hacer la oracion con gemidos, que con razonamientos; mas bien con llantos, que con palabras.

Como la oracion puede hacerse en público y comun, y en secreto y particular, Jesucristo en este lugar se limitó á dar sus divinas instrucciones acerca de la oracion secreta y particular; mas no se crea que Jesucristo reprueba la oracion pública y comun, al contrario, la recomienda en otro lugar con las palabras mas eficaces.

Si dos de vosotros, dice, se convinieron sobre la tierra, de toda cosa que pidieren, les será concedida por mi Padre, que está en los cielos; porque donde estan dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos. ¿Qué mejor recomendacion puede darse de la oracion comun que estar Jesucristo en medio de los que así oran?

#### Del modo de orar.

Como Jesucristo no les habia hablado del modo de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos á orar; y entonces el Señor, lleno de bondad, les enseñó la oracion que llamamos *Padre nuestro*, porque principia con las palabras: *Padre nuestro*. Esa divina oracion, que toda salió de la boca de Jesucristo; esa oracion que se repito continuamente, ya por la Iglesia, y ya por sus hijos; esa oracion tan fecunda que, como dice san Agustin, encierra en pocas palabras todo lo que se puede pedir á Dios para adquirir los bienes, para evitar los males, y para conseguir el perdon de los pecados y la vida eterna: esa oracion, en fin, que encierra un tesoro de gracias, y cuya explicacion pedia un dilatado comentario, que no pertenece á este compendio y que puede verse en el *Catecismo* del Padre Ástete explicado; esa es la oracion que nos dijo Jesucristo para enseñarnos á orar.

#### Del ayuno.

Quando Jesucristo hubo concluido esta divina oracion, pasó á tratar del ayuno, como virtud que rara vez debe estar separada de la oracion. Buena es la oracion con el ayuno, habia dicho en otro tiempo el ángel san Rafael á Tobías, y mejor es dar limosna que guardar tesoros de oro. Jesucristo, suponiendo á sus oyentes instruidos en estas verdades, entró desde luego á explicar

como debian hacer el ayuno para merecer que su eterno Padre se le premiase. Cuando ayunais, les dijo, no querais poner os tristes, como los hipócritas, que desfigurán sus rostros para manifestar á los hombres que ayunan : os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no sepan los hombres que ayunas, sino solamente tu Padre que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará el premio. No querais atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el herrumbre y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentieran y roban. Atesorad para vosotros en el cielo; donde no los consumen ni el herrumbre, ni la polilla, y de donde los ladrones no los sacan ni roban. Considera que donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.

Un corazon apegado á las cosas de la tierra, dice san Juan Crisóstomo, es incapaz de entender en las cosas del cielo. Un tal corazon está sordo á las voces del Señor que le dice : que son bienaventurados los pobres de corazon. No se entiende aquí por tesoro solamente el dinero, sino todas las cosas terrenas que dominan el corazon.

#### De la comida y vestido.

Es tu ojo, continua Jesucristo, la lámpara de tu cuerpo. Si tu ojo fuere claro, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere oscuro, todo tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, que la luz que hay en ti, no se convierta en tinieblas. Si tu ojo se deja cegar de las tinieblas, esto es, de los intereses de la tierra, ¿ cómo podrá ver los del cielo? Ninguno puede servir á dos señores (particularmente si son opuestos) porque ó amará al uno, y aborrecerá al otro; ó sostendrá al uno, y despreciará al otro. No podeis, pues, servir á Dios y á la riqueza. No os inquieteis sobre la comida para vuestra alma, ni sobre el vestido para vuestro cuerpo. ¿ Por ventura no es mas el

alma que la comida, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo que ni siembran, ni siegan, ni juntan (granos) en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿ Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? No debeis, pues, inquietaros; porque ¿ quién de vosotros (por mas que discorra) puede añadir un codo á su estatura?

Y acerca del vestido ¿ porqué andais tan solícitos? Considerad los lirios (y demás flores) del campo, que no trabajan ni hilan; y sin embargo ni Salomon en toda su gloria se vistió (con tanta gala) como una de estas. Si Dios viste así á las plantas, que hoy son y mañana se arrojan al fuego, ¿ cuánto mas lo hará con vosotros, hombres de poca fe? No os aflijais, pues, diciendo ¿ qué comerémos, ó qué beberémos, ó con qué nos cubrirémos? porque los gentiles son los que se afanan por estas cosas. Mas por lo que toca á vosotros, sabe vuestro Padre (celestial) que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, cuidadosos por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su cuidado. Basta á cada día su afan.

#### Del juicio temerario y del porte con los prójimos.

Prosigue Jesucristo su doctrina, condenando los juicios temerarios, encargando el cuidado de no dar á los perros las cosas santas, y exhortando á la oracion, y á hacer con nuestro prójimo lo que queremos que se haga con nosotros. Dice que es estrecha la puerta por donde se entra en el cielo, y que son pocos los que entran por ella. Enseña cómo se han de distinguir los falsos profetas de los verdaderos, y los árboles buenos de los malos, y concluye su diviuo sermon del monte, comparando al hombre que escucha su doctrina, al que edifica su casa sobre una peña. No querais juzgar, dice, para no ser juzgados; pues con el juicio que juzgáreis, seréis

juzgados; y con la medida que midiéreis, seréis medidos. ¿Porqué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿Ó con qué cara dices á tu hermano: Deja, sacaré esa pajilla de tu ojo, teniendo una viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás á sacar la mota del ojo de tu hermano.

No deis lo santo (la santa doctrina) á los perros (á los impíos que la desprecian) *ni echeis vuestras margaritas* (los santos misterios) delante de los puercos (de los voluptuosos) no sea que las huellen con sus piés, y volviéndose contra vosotros, os despedacen (porque turbais sus placeres). Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Y quién de vosotros es el hombre que si su hijo le pidiera pan le dará una piedra? Y si le pidiera un pez ¿por ventura le dará una serpiente? Que, si vosotros, siendo malos, sabeis dar á vuestros hijos de los bienes que os han sido dados (porque todo lo da Dios), ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los piden? Así, pues, todo lo que querais que hagan con vosotros los hombres, hacedlo tambien vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas (esto es todo lo que manda la ley y los profetas en orden á la caridad con los prójimos).

**Es estrecha la puerta del cielo y entran pocos por ella.**

Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espaciosa la carretera que lleva á la perdicion, y son muchos los que van por ella, porque es sin cuenta el número de los necios, dice el Eclesiástico. ¡Oh, qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que le encuentran! Guardaos de los falsos profetas (de los herejes y los hi-

pócritas, segun san Augustin y san Juan Crisóstomo), que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el malo, malos frutos; porque no puede ser que el árbol bueno lleve malos frutos; ni el malo, buenos frutos. Así, pues, por sus frutos los conoceréis. Mas todo árbol que no lleve buen fruto, será cortado y arrojado en el fuego.

No todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; pero el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. El reino de los cielos no es precio, dice san Hilario, de solas palabras. El Señor no dejará de ser Señor de todo el universo porque nosotros no digamos que lo es. Para entrar en el cielo es indispensable cumplir la voluntad del Señor, guardando sus Mandamientos. Muchos me dirán en aquel dia (de la cuenta), Señor, Señor, ¿pues qué no profetizamos en vuestro nombre, arrojamos los demonios en vuestro nombre, é hicimos muchos prodigios en vuestro nombre? Y entonces yo les diré: Apartaos de mí, los que obrais la maldad; porque yo nunca os conocí. Todo aquel, pues, que oye mis palabras y las cumple, será comparado á un varon sábio que edificó su casa sobre una peña. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa y no cayó; porque estaba fundada sobre una peña. Mas todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante á un hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa, y cayó y fué reducida á ruinas. Y sucedió que, cuando Jesucristo hubo acabado estos discursos, las gentes se maravillaban de su doctrina, porque era celestial, y porque la enseñaba no con autoridad y saber humano como los escribas y fariseos, sino con autoridad soberana y saber divino.

**Cura á un leproso volviendo del monte á Cafarnaun.**

Luego que Jesucristo acabó de hablar, la multitud que le habia oido, llena de admiracion y con una especie de éxtasis, no pensó sino en seguirle á todas partes. Jesucristo se dirigió desde aquel monte, tan célebre por este divino sermón, á su morada de Cafarnaun; pero cuando bajaba rodeado de la multitud, le salió al encuentro un leproso, y arrodillado á sus piés, le adoraba diciendo: Señor, si quereis, podeis limpiarme; y Jesucristo compadecido de él, extendió su mano, y tocándole, dijo: Quiero; sé limpio. Dicho esto, desapareció la lepra y quedó limpio el leproso. Entonces le dijo Jesucristo: Mira que no lo digas á nadie, sino vé, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que mandó Moises.

**Publica el leproso su curacion.**

El hombre curado salió luego de la presencia de Jesucristo para ir á presentarse al sacerdote; pero en vez de callar el milagro de su curacion, le iba publicando por todas partes. Sacado este infeliz repentinamente, por la virtud poderosa del Señor, de la profunda miseria en que se hallaba, no acertaba á callar, ni á dejar de publicar la inmensa bondad y poder del Señor que le habia curado. Estaba tan fuera de sí cuando se vió libre de la lepra, que ó no entendió por entonces el encargo que le hizo Jesucristo, ó no se juzgó despues obligado á cumplirle. Acaso no llegó á persuadirse que un encargo que nacia de la suma humildad del Señor pudiese impedir la manifestacion de su reconocimiento. Pero sea la que fuere la causa que movió á este hombre á publicar el prodigio contra el encargo de su Bienhechor, lo que no tiene duda es, que su publicacion hizo tantos testigos del milagro, cuantos eran los hombres que encontraba y

que le habian conocido leproso y desterrado por su enfermedad á los contornos de la ciudad de Cafarnaun, mas ya que hemos hablado, y volverémos á hablar, de leprosos, conviene dar alguna idea de lo que era la lepra.

**Noticia de lo que era la lepra.**

La primera vez que nos hablan los Libros santos de la lepra es en el *Exodo*, cuando mandó el Señor á Moises que metiese la mano en el seno y la sacó leprosa y blanca como la nieve. Venia á ser este mal una especie de erupcion, que afectaba principalmente á la piel, y se confundia con la sarna y otros males del cútis. Para distinguirla, dió el Señor á Moises y Aaron muchas señales, y entre ellas la siguiente: el hombre, les dijo, en cuya piel y carne apareciese color diverso, ó postilla, ó alguna cosa como reluciente, ó mudados los pelos en color blanco, y lo que parece lepra está mas hundido que la piel y carne restante, llaga de lepra es, y será separado. Fué tan frecuente esta epidemia, particularmente en el pueblo de Israel, que ya al pié del monte Sinai dió el Señor á Moises un reglamento para el gobierno de los leprosos. En él cometia á los sacerdotes la facultad de discernir á los leprosos de los que no lo eran, y de declarar la clase de lepra que padecian. Esta enfermedad se pegaba, no solo á las personas, sino tambien á los vestidos y las casas; y fueron tantos los leprosos que tuvieron, mientras caminaron por el desierto, que se vieron precisados á formar para ellos campamento separado del pueblo; y cuando llegaron á fijarse en la tierra prometida, en vez de campamento tuvieron que formar barrios enteros para los leprosos.

La lepra se conservaba en Israel cuando fueron los cruzados á la conquista de la Tierra Santa, y se pegó á muchos, y esta fué la causa de haber fabricado despues en Europa tantos lazaretos para los leprosos. Los Israelitas

se precavian contra esta peste tan molesta y tan contagiosa, separando los leprosos, quemando sus vestidos y descostrando las paredes de las casas tocadas de lepra; por eso los leprosos que curó Jesucristo se hallaban fuera de las poblaciones, viviendo en sus cercanías, y cuyas precauciones no les fueron ya necesarias.

**Cura Jesucristo á un paralítico en Cafarnaun.**

Jesucristo, despues de haber curado al leproso en las cercanías de Cafarnaun, entró en la ciudad, y estaba allí paralítico, atormentado reciamente y casi á las puertas de la muerte, el criado de un centurion, muy estimado de su amo; y como este oyese hablar de Jesus, envió unos ancianos de los Judíos, rogándole: que viniese y sanase á su criado. Los ancianos se presentaron á Jesus y le hacian grandes instancias para que fuese y le sanase. Su amo, le decian, mereee que le hagais este favor, porque estima á nuestra nacion, y él nos ha hecho una sinagoga; y dijo el Señor: Yo iré y le curaré; é iba con ellos. Mas cuando se acercaban á la casa del centurion, este le envió á decir por sus amigos: Señor, no querais molestaros, porque yo no soy digno de que entreis en mi casa, y por esto ni aun me he creido digno de salir á buscaros; pero mandadlo vos con una sola palabra y sanará mi criado. Pues yo soy un hombre puesto bajo de potestad y tengo soldados á mis órdenes, y digo á este: Vé y va; y al otro: Ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace; que fué lo mismo que decir: si yo, que estoy sujeto á otros, soy obedecido por los que estan á mis órdenes, ¿cuánto mas seréis vos obedecido de todas las criaturas siendo un Ser independiente, y Criador de todas ellas?

Cuando Jesucristo oyó esto, quedó maravillado, y vuelto hácia la multitud que le seguía, les dijo: Os aseguro que no he hallado tanta fe en Israel. Y que vendrán



muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; y los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores, donde habrá el llanto y el crujir de dientes. Es muy frecuente en los santos Evangelios llamar á la Iglesia reino, y reino de los cielos. Aquí Jesucristo anuncia que los gentiles vendrán convertidos á la Iglesia y tendrán en ella su asiento, y que los Judíos, primeros llamados á este reino, serán excluidos de él y arrojados primero en las tinieblas exteriores de su incredulidad, y despues en las del infierno, donde no hay sino llanto y crujir de dientes. ¡Terrible amenaza, que debió haber estremeecido á los Judíos incrédulos y hecho que abriesen los ojos, y que debe hacer que no se cierren los nuestros! Despues de haber predicho Jesucristo la suerte feliz que, por su fe, esperaba á los gentiles, y la infeliz que, por su incredulidad, vendria sobre los Judíos; se volvió al centurion y le dijo: Anda, y hágase como tú lo creiste, y fué sano el criado en aquella hora.

**Sale de la ciudad, se embarca y predica desde la nave á las turbas.**

Se presume que despues de este suceso fué cuando los cuatro discipulos, creyendo que el Señor se detendria algun tiempo en su ciudad de Cafarnaun, volvieron, no sin consentimiento de su divino Maestro, á los ejercicios ordinarios de la pesca; pero el tiempo que Jesucristo habia de vivir ya sobre la tierra era muy corto (cosa de un año) para dedicarlo al descanso; y por otra parte era tal el concurso á oír su doctrina y pedirle el remedio de sus males, que no habia momento en el dia que no se hallase rodeado de la multitud, y solo la noche le proporcionaba algun tiempo para la oracion y el descanso. Entonces se retiraba á la soledad, y volvía

muy de mañana á su ordinaria ocupacion de instruir á los ignorantes y curar los enfermos.

Un dia en que habiendo salido mas tarde de lo acostumbrado de su larga oracion, se hallaba junto al lago de Genesareth, fué rodeado de la multitud, que al ver la falta de su divina presencia en Cafarnaun, fué en su busca, y era tanta la gente que llegaba á oprimirle. Habia dos naves paradas á la orilla del lago, porque los pescadores, amos y criados, habian saltado á tierra y estaban lavando sus redes. Una de ellas era de Pedro, y la otra de los dos hermanos Juan y Santiago. Entró el Señor en la de Pedro, y le dijo que la apartase un poco de la tierra. La multitud se agolpó á la orilla del lago, y el Señor, sentándose en la navecilla, enseñaba desde ella como desde una cátedra la mas preciosa del mundo. Desde ella predicó á las turbas por largo tiempo, y cuando hubo concluido su sermón, dijo á Pedro: Dirige la nave mar adentro; y la separó de la ribera. La multitud, no esperando oír mas por entonces al Señor, se volvió, bendiciéndole.

**Manda pescar á sus discipulos, y casi se rompe la red de Pedro con la multitud de los peces.**

Cuando el Señor se halló ya en alta mar, dijo á Pedro y sus compañeros: Tended vuestras redes para pescar; y Pedro le dijo: Señor, trabajando toda la noche, nada hemos cogido; pero, pues vos lo mandais, en vuestro nombre vamos á tender las redes. En efecto, echaron sus redes, y la de Pedro cogió una multitud tan grande de peces que la red se rompía. Entonces los de la nave de Pedro hicieron señas á los compañeros que estaban en la otra nave para que viniesen y los ayudasen, y habiendo venido, sacaron entre todos la red, con tanta pesca, que llenaron las dos naves tan colmadamente que casi se sumergian.

**Se asombra Pedro y el Señor le hace pescador de hombres.**

Un estupor inexplicable se apoderó de Pedro al ver la multitud de peces que habian cogido. Lo mismo sucedió á Juan y Santiago; pero como los afectos de Pedro siempre tuvieron alguna cosa de mas viveza, luego se arrojó á los piés de Jesucristo, diciendo: Apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre pecador. Pedro se juzgaba indigno de estar al lado de Jesús, al considerar su majestad, y al mismo tiempo no acertaba á separarse de Él por el tierno amor que le profesaba, y así no trató de separarse del Señor, sino que le suplicó que se apartase de él. Jesucristo, que estaba viendo lo que pasaba en el corazon de Pedro, le dijo con admirable dulzura: No temas, Simon, no te acobardes, pues ya desde ahora no serás pescador de peces, como lo es cualquiera de los hombres, sino que serás pescador de hombres, lo que no pueden ser sino los llamados de Dios.

**Los discipulos dejan los barcos, y van con Jesucristo á Cafarnaun.**

Entonces los discipulos echaron los barcos á tierra, despidieron sus criados, y dejándolo todo, siguieron al Señor para no dejarle ya mas. El Señor se volvió á Cafarnaun y con Él sus discipulos. Despues de haber reposado algunos dias, volvió á salir con ellos de la ciudad una tarde; mas á pesar de la hora, la multitud se reunió, le siguió y fué con Él hasta la ribera del lago de Genesareth.

**Un escriba quiere seguir á Jesucristo, pero no se atreve á seguir su vida.**

Mientras caminaban, un escriba ó doctor de la ley se acercó al Señor y le dijo : Maestro, te seguiré adonde quiera que fueres; y le dijo el Señor : Las zorras tienen cuevas, y nidos las aves del cielo ; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza; que fué decirle : yo no quiero que os halleis sorprendido. Sabed primero la vida que yo hago y la que debeis hacer para ser mi discípulo. Yo no tengo casa en que vivir, ni cama en que dormir, ni almohada en que reclinar mi cabeza. Yo por donde quiera que voy soy un huésped. Ve aquí lo que yo soy sobre la tierra, y lo que deben ser los que quieran seguirme, como especiales discípulos. La condición pareció muy pesada al escriba, y sin contestar se retiró del Señor. Pero si este doctor, no atreviéndose á seguir á Jesucristo como apóstol, le siguió como buen discípulo conservando su fe y predicando su Evangelio, él no hizo otra cosa sino lo que deben hacer los que, enamorados de la belleza de una vida perfecta y queriendo seguirla, vienen á conocer que el estado en que ponían los ojos era superior á sus fuerzas y á los fervores de la gracia que en sí experimentaban.

**Llama Jesucristo á otro de la multitud y no permite ir á enterrar á su padre.**

Retirado este pretendiente, del apóstolado por flaco para sostener su peso, y si bueno para animar á los que habian de llevarle, llamó el Señor á otro de la multitud que le acompañaba, y le dijo : Sígueme; y este le respondió : Con mucho gusto, Señor, pero permitidme ir á enterrar á mi padre; y le dijo Jesús : Deja que los muertos entierren á sus muertos, mas tú vé y anuncia el reino

de Dios; que fué decirle, segun san Agustín y san Jerónimo, deja á los infieles que estan verdaderamente muertos delante de Dios, que entierren á sus muertos; mas tú ven y anuncia el reino de los cielos. ¡ Cosa admirable! Jesucristo no admite al escriba que se ofrece á seguirle, y detiene en su compañía á otro que quiere retirarse. De la misericordia de Dios, que elige á los que quiere, depende la dicha eterna del hombre : ¡ cuánto debemos pedirselo !!!

**Otro quiere seguirle si le permite ir á disponer de sus bienes, y no le recibe.**

Después de admitido este en el número de sus apóstoles : vino otro diciendo : Yo, Señor, os seguiré; mas permitidme que vaya primero á renunciar lo que tengo en mi casa; y le dijo el Señor : Ninguno que pone su mano en el arado y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios. Era decirle, que si el hombre que pone la mano en el arado y va mirando hácia atrás no es á propósito para labrar la tierra, menos lo será para predicar el Evangelio el que vuelve los ojos atrás para mirar á los bienes que ha dejado en el mundo.

**Se embarca Jesucristo con su discípulos.**

Entretanto que el Señor presentaba á los apóstoles estos ejemplares, se iba acercando insensiblemente á la ribera del mar, donde queria darles una lección de fortaleza y confianza en los peligros, no menos necesaria á los hombres apostólicos que la que acababa de darles acerca de la abnegacion y renuncia de todo. Cuanto mas se acercaba al mar, mas se empeñaban los pueblos en rodear á su divina persona. Era ya tarde cuando llegó á la ribera, y sin detenerse subió á una nave, y



con Él los discípulos. Despidió á las turbas, y mandó á los remeros que dirigiesen hácia la otra costa. Habia en la ribera otras navecillas cargadas de pasajeros, que llevaban el mismo rumbo, y se agregaron á la de Jesucristo.

**Una tempestad pone á la nave en peligro y Jesucristo la salva.**

Era la travesía muy corta (de tres á cuatro leguas), y cuando iban navegando se levantó una borrasca tan grande, que el mar cubría con sus olas las naves, y llenándose estas de agua por momentos, se hallaban ya á punto de sumergirse. Fatigado el Señor de sus continuas tareas, se habia echado en la popa, y reclinado sobre un cabezal, dormia tranquilamente, mientras que los vientos se enfurecian, las olas se encrespaban, y el mar se mostraba cada vez mas bravo. Respetaron los discípulos el reposo de su Maestro, todo el tiempo que pudieron esperar que superarian con su valor y su industria la violencia de la tormenta; mas cuando vieron que no alcanzaban á conseguirlo, y que el peligro se hacia mas inminente en cada momento, llenos de temor acudieron á Jesucristo, y despertándole, dijeron: Maestro, sálvanos, que perecemos. Entonces levantándose el Señor, hombres de poca fe, les dijo, ¿porqué temeis (estando yo con vosotros)? Y mandó á los vientos y al mar, y cesaron los vientos y calmó el mar, y sucedió á la borrasca una gran tranquilidad. Los marineros y los pasajeros de las otras naves, que habian corrido igual peligro que los discípulos, y que tambien debian la vida á Jesucristo, estaban maravillados, y se preguntaban unos á otros, ¿quién es este, que hasta el mar y los vientos le obedecen? ¿Quién pensais que es este hombre? Sosegada la tempestad, y sin que cesase su admiracion, porque nadie les acababa de ella, volvieron á continuar

sa navegacion llenos de reconocimiento al conservador de su vida, y tanto estos como Jesucristo y sus discípulos desembarcaron muy luego junto á la ciudad de Gerasa, en el pais de los Gerasenos que está enfrente de la Galilea.

**Descripcion lastimosa de dos endemoniados.**

Los primeros que vinieron al encuentro de Jesucristo, luego que salió á tierra, fueron dos desdichados, acaso los mas dignos de compasion de cuantos se le habian presentado hasta entonces. Eran dos endemoniados que vivian en los montes y en los sepulcros ó cavernas, como dos bestias feroces; ambos eran muy atormentados por los espíritus infernales, y principalmente el uno lo era tan cruelmente, que no se podia oír hablar de sus padecimientos sin horror; y esta es quizás la razon porque de los tres Evangelistas que refieren el suceso, los dos no hacen mencion sino de este, como si el exceso de sus desdichas hubiera hecho olvidar las del otro. De dia corria por los montes dando espantosos alaridos, y de noche gemia en las cavernas y llenaba de horror con sus infernales bramidos á cuantos se acercaban á ellas. Sajaba su cuerpo con cuchillos que hacia de piedra, por no tenerlos de hierro en el estado en que se hallaba. Muchas veces se habia procurado encadenarle, y algunas se habia conseguido á fuerza de diligencias y precauciones; pero no habia cadenas que con su fuerza infernal no rompiese. Habia mucho tiempo que no vestia ropa, ni vivia en casa, sino en los montes y sepulcros, porque no habia quien pudiese sujetarle.